

LA IDEA

Periódico Político, Comercial y literario



Paysandú, Junio 30 de 1901

EDITOR--LUCIANO ARMERO

Año I--Número 12

DIRECCION Y ADMINISTRACION
MONTE CASEROS No. 85

Aparece los Domingos

--SUSCRICION--

Por mes 0.30
Número suelto 0.10

Se imprime por la Imp. EL PAYSANDÚ

LA IDEA

El Acuerdo

Por la pena se hace el Santo.
La urdimbre contiene la trama y las dos caracterizan la tela.
No en vano repetían con tezon los punegristas del acuerdo: «El Acuerdo se hará pese a quien pese, etc».

Ahora se nota ya con toda claridad el fondo del cuadro: en cuyos ejemplares aparecerá repetido en diversos caracteres este letrero: «El Acuerdo»--«El Acuerdo»--el acuerdo...

La alegoría de esa cosa es un grupo de tres personas: Al centro y en el punto culminante: el Sr. Cuestas; a la derecha de él: el Dr. Carlos A. Barro; a la izquierda el Sr. Clodomiro Ariagaga.

Allá atrás de estas tres figuras se dibuja confusamente otra: la del Sr. José Pedro Ramírez.

El primero representa al gobierno; el segundo al Partido Blanco; el tercero, al Partido Colorado; y el de atrás al Porvenir.--Cada cual lleva escrito su calificativo en una divisa: incolora que chisfalleante.

En ese cuarteto está encarnada la síntesis del patriotismo, de la política, y del gobierno.

Teniendo eso el país tiene todo lo que necesita una Nación cualquiera para su feliz, y--valiéndose de una expresión de Larra--ostenderse, crecer, llegar al Cielo!!!

Esa cosa ó cuarteto, hará el acuerdo.

¿Que mas quiere el país?
¿Que mas quieren los Orientales?

Los otros que no son los cuatro del cuadro son colectivistas, disidentes, y obstinacionistas que nada valen ni nadie los necesita para nada.

Es de balde que se agiten hablando, de sufragio libre, porque eso nunca le tendran si no lo toman por su cuenta.

A la menos el cuarteto del acuerdo se opondrá abiertamente a un semejante exceso, por que sabe muy bien que lo que menos necesitan los pueblos para engordar es libertad.

Lo que necesitan los pueblos para ser dichosos es el acuerdo y esto ya se lo darán fabricado en los talleres del Gobierno los señores del cuadro.

Así nos hablaba de la situación política un amigo cuyas vistas en estos asuntos tenemos en mucho por su acertado modo de discurrir.

Pero esta vez, francamente, creemos que nuestro amigo no acierta.

No es posible creer que una cosa así como la que nuestro amigo nos ha esbozado, tenga la virtud de abarcar los energías de todo un pueblo que se manifiesta dispuesto a defender sus derechos cívicos, cualquiera sea quien los ataque.

Aunque que la vanidad permita creer a algunos hombres que los Partidos tradicionales no constituyen una fuerza eficiente poderosa capaz de imprimir a la nación los rumbos políticos de su porvenir, nosotros creemos que si, que esa fuerza es incontrastable,--y que por lo mismo es mas que una imprudencia una insensatez despreciarla.

No se vulnere impunemente los derechos del pueblo. Atacados los se santifican en cosa y se le desafía dándole por emblemático el inmortel grito frigio para la acción.

Tanto el Partido Colorado como el Partido Blanco han hecho conocer públicamente su decisión por la libertad del sufragio desde los primeros momentos que se lanzó al público la idea del acuerdo.

Esa manifestación de los partidos está diciendo con marcada claridad que el pueblo Oriental repelará decididamente cualquier coacción que contra él se intente cuando haya de sufragar.

¿Por qué pues se insiste del lado oficial en imponer a los ciudadanos una forma que así los despoja de sus derechos como los humilla ante propios y extraños?

¿Se cree acaso que tal imposición pueda pasar volada por la farsa de un acto fraguado con elementos alócteos a todas las exigencias del poder?

Si el Sr. Cuestas cree que es Presidencia de la República por la voluntad del pueblo, debe comprender que ha sido electo para que gobierne y no para que oprima a sus electores y consiguiera las leyes.

Si cree que se debe a sí mismo la Presidencia por haberse impuesto al pueblo; ejerce el poder por una usurpación.

En uno y otro caso, esas causales justifican la revolución parta de donde parta.

El responsable de sus consecuencias sería el mandatario infiel que la provoca atacando a los ciudadanos en el mas hermoso sus derechos.

¿Que se propone el Sr. Cuestas con estos procedimientos?--¿Darnos una Presidencia con prólogo y epílogo?

Esa es una tendencia vieja gastada. Despues de Ellauri,--con excepción de Tajés,--todos los Presidentes han perseguido el mismo fin. Pero ninguno lo ha alcanzado con tanta facilidad como era su deseo.

Han mantenido algunos la posesión del poder por mas tiempo del que la ley prescribe; pero en modo instable y sin apoyo en la opinión. Lo que ha resultado fatalmente es deficiente cuando los Presidentes han hecho mucha fuerza para mantener ilegalmente al poder, es que,--si no han muerto,--han descendido de su sólo liando los patates para marchar heroicamente a purgar sus pecados en el extranjero.

¿Quiere sastrarse el Sr. Cuestas a los tristes efectos de ese fatalismo psicológico?--¿Si?

Pues cambie de rumbos.
Ya que no le da pan a su pueblo:

dele toros; y esos buenos, apesar de los silvidos de sus barrigas, le gritarán alegres: ¡Viva Cuestas!!
Eso será mejor que aquello.

Jurisprudencia

(Coronel Conzi)

Debemos consignar en esta ocasión que hay dos Letrados más del foro oriental que opinan decididamente que Conzi no solo cometió el delito de denuncia calumniosa si que tambien el de abuso de la libertad de imprenta, imputando falsamente a Don Fermín Coronel, por la prensa, la comisión de homicidio en la persona de D. Modesto Silva.

Así tenemos ya cinco opiniones contestes de Letrados que sostienen lo contrario de lo que sostienen el Sr. Agente Fiscal y el Sr. Juez Letrado Departamental en el mismo asunto.

La resolución del Juzgado del Crimen, llamado por la ley a conocer de este asunto, hará jurisprudencia práctica en el caso sobre el punto debatido. Pero nos parece avanzar poco dando por resuelto el incidente acá suscitado, en sentido diametralmente opuesto al dictamen fiscal y la sentencia de este Juzgado Departamental en cuanto desechan la acción deducida por Coronel contra Conzi, y declaran que este no ha cometido el delito de denuncia calumniosa, en razon de haber consignado originariamente su imputación en diarios impresos.

Si los señores leigos pueden observar lo expuesto que tan abogados son los dos, Juez y Fiscal, como los cinco consultados; y q' lo mismo pueden equivocarse los primeros que los últimos: Nosotros objetaremos tambien que los dos primeros, atentos a la potestad oficial de que están investidos,--on greídos con la gerarquía elevada q' los confiere sus cargos, desdénan con frecuencia estudiar las cuestiones que los tocan fallar, y las resuelven casi siempre sin aplicar a su respecto los preceptos inmutables del derecho, ni tener en cuenta las doctrinas jurídicas modernas mas generalmente recibidas en el mundo civilizado.

Los cinco abogados consultados lo han sido aisladamente cada uno y en diversas ocasiones. Todos se han pronunciado contestes sobre el fondo, y observado, unos que los Jueces Departamentales son incompetentes para conocer de las causas criminales de igual magnitud que esta, y otros que Conzi imputando por la prensa un delito a Coronel, cometió un abuso de la libertad de imprenta; y ratificándose en esa misma imputación ante funcionario que por razon de su cargo debía proceder a la averiguación del delito imputado,--que no se probó,--había cometido además el delito de denuncia calumniosa.

Sería por demás casual una semejante identidad de opiniones entre cinco personas consultadas del modo expuesto, siendo así que cada uno de ellos ha dictaminado aisladamente de las demás previo estudio de la cuestión.

En el presente caso se nos ocurren consideraciones de otro orden que cambian por completo la luz del asunto.

No es dudoso siquiera que si el Sr. Agente Fiscal no toma cartas en el asunto, y se presenta con los diarios en que apareció primeramente la denuncia al juez, pidiendo la instrucción de un sumario, aquella publicación, solo habria dado origen a una acción para Coronel por abuso de la libertad de escribir, contra Conzi. Derecho ese que podía ó no ejercitar Coronel segun su voluntad.

Pero es dudoso para nosotros que, en casos como el presente, la acción fiscal solo sea obligatoria para perseguir uno de los dos delitos que necesariamente entraña la denuncia--y no el otro.

Entendemos que la acción fiscal debe ejercitarse en el mismo sentido subsidiario que el hecho encierra en sí mismo por su naturaleza; es decir: que si instruido el sumario resulta falsa la imputación, no hay delito de homicidio pero hay delito de denuncia calumniosa que castigar mediante acusación fiscal, como el de homicidio, por su magnitud.

Porque no se puede admitir que la acción pública se contraiga a la persecución y castigo de uno solo de los dos delitos que subsidiariamente encarna en sí la denuncia, desde que tanto el uno como el otro delito son de los que por su magnitud hacen obligatorio el ejercicio de la acción pública.

Admitir lo contrario como legal sería consagrar una irritante injusticia; sería convertir el Ministerio Fiscal en agente protector de los calumniadores, cuando esa institución se ha creado para perseguir el castigo de los delinquentes en nombre de la conservación social con arreglo a las leyes.

No puede ser de otro modo, en casos como este; en denuncias como la de Conzi contra Coronel, habria siempre un delito que castigar subsidiariamente. Si la imputación fuese verdadera la acusación ha debido entablarse por el Ministerio Fiscal contra Coronel; Pero si es falsa, la acusación ha debido entablarse el mismo Ministerio contra Conzi por denuncia calumniosa.

Entre tanto en nuestro caso el Sr. Agente Fiscal se contrajo únicamente a procurar la constatación del delito imputado a Coronel.

Como no se obtuviese semejante prueba, en vez de acusar a Conzi, en ya delito de denuncia calumniosa, resultaba probado, permaneció inactivo cerca de dos años. Y cuando por esta razon pidió Coronel mismo que se castigase a su calumniador el Sr. Agente Fiscal dictaminó que debía desecharse esta acción por que Conzi no habia cometido el delito de denuncia calumniosa;--el juez falló de conformidad con ese dictamen.

Este pronunciamiento es nulo por emanar de funcionarios que carecen de jurisdicción en los delitos de que aquí se trata, tal es la magnitud de las penas que la ley señala para ellos.

Pero lo grave del asunto está en la manera de obrar las autoridades judiciales del Departamento, en esta ocasión.

Desde que el Juez Departamental carece de jurisdicción para conocer

de un delito cuya pena es de nuevo años de penitenciaría, no debió conceder vista del petitorio de Coronel al Sr. Agente Fiscal sino declarar lo obvio, la jurisdicción sin audiencia del ministerio público.

Y este Ministerio, por aquella razón, debía ocuparse de intervenir en el petitorio de Coronel, e indicar al Juez Departamental que el Juez competente en el caso lo era el del Crimen.

Tampoco debieron declarar ni el uno ni el otro, que Conzi no había cometido el delito de denuncia calumniosa.

Y el Juez Departamental no debió repetir la demanda de Coronel sin observar lo mandado en el Cód. de Proc. Civil art. 255, como lo hizo; y mucho menos asumir una jurisdicción de que carece, después que eso le fué dicho por la parte de Coronel, y haciendo involuciones indebidas, conceder apelación en relación, como si se tratase de algún incidente en asunto cuyo conocimiento le estuviese atribuido por las leyes.

UN PIANO DE ERARD

La sala cuadrada del Conservatorio, destinada al público, estaba llena de gente.

A la cabeza, y a un lado de la escena, se veía con su aspecto serio y misterioso, la mesa del tribunal de exámenes. Por qué en efecto, el espectáculo que allí atrufa la curiosidad de tanta gente, era la distribución de premios entre los alumnos del dulce arte de la música.

Coronaba todo esto un magnífico piano donde los contrincantes debatían el tema del programa. Este instrumento se adelantaba hacia el proscenio, y parecía mostrar sus blancos dientes de marfil a aquel que no aplaudiese a las muchachas bonitas que llegaban a acariciarlo.

Era ese día el último de ejercicios. Durante un mes entero, pudieron oír las golondrinas apostadas en los balcones de la sala, una música pura, repetida hasta lo infinito. Era una pieza de Chopin, llena de cascadas de armonía y de sábanas de iris; retorciéndose éstos como collares de guijarros. Y entre gamas y arpeggios, escalas y compases, trinos y gorjeos, aquella maravillosa partitura fué pegándose, por decirlo así, a la pared, semejante a un tapiz desentallado por completo.

Por fin, el último de los alumnos tocó sobre el clave sonorisimo la pieza de oposición. Los placeres del auditorio extinguiéronse entre las voces del que preguntaba la lista de los artistas agraciados; y ya se disponían a salir a la calle los espectadores, cuando un preludio, ejecutado en el piano, los hizo volver atrás.

—¿Aún queda otro?—protestaron varios aficionados.

—¡Lucea! ¡lucea!—exclamó una parte de la gente. —¡Lucea, que no se vea!—gritó otra.

—Pero señores, si ya nadie queda por examinarse—vociferó un juez del tribunal.

Sera algún chasco—dijo en señor grave—que se quiera divertirse con nosotros.

Pero la pieza de Chopin, pues no era otra la que en aquel momento se tocaba en el piano, seguía su curso, cada vez más pujante y estruendosa, y con un desahogo majestuoso. No se oía el traqueteo de teclas que tanto perfecciona la pureza de los sonidos. Era aquello como una música aérea, tendida por manos invisibles. Algo de sobrenatural levantando en sus alas, y entusiasmado alguna realidad del mundo. Bien pronto, la gente que se encontraba quedó estupefacta, clavada en su sitio, consagrada completamente a la percepción de aquella tan inesperada como majestuosa aventura.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaban de todos lados.

—Ese es quien debe llevarse el premio—decía una voz de artista despectivo.

—Pero ¡es colosal!

—¡Es un pianista de primer orden!—gritaban; que quien está tocando es el maestro Arpeggio.

Entanto la multitud había invadido el proscenio. Un aglomeramiento bullicioso aquel lugar. Los hombres, por algunos más fuertes, saltaban sobre las sillas, sin atender a delicadezas ni cortesía alguna y se lanzaban al tablado, donde campearía el piano. Era aquello un hormigueo de levitas negras, de calvas resplandecientes, de cuellos blancos, destacándose de una manera vivísima sobre el fondo oscuro.

Tras breves momentos aparecieron algunas luces en la escena. Todos los ojos fijaron allí, con una avidez indecible del supremo angustia, sus miradas tan penetrantes y escrutadoras. Esta espantosa febril descomponía los rasgos del rostro haciendo aparecer todas las caras descajadas.

Dijérase que se asistía a la consumación de un crimen, que se presenciaba una catástrofe vigorosamente representada en un drama.

De pronto, cuando ya las luces llegaron al lugar del piano, todos los que le rodeaban lanzaron un grito poderoso, horrible, aterrador.

—¡Dejadnos ver!—tronó la muchedumbre.

Y, en efecto, a poco, quedó vacío el escenario. Entonces pudieron todos contemplar que el piano, que aun seguía tocando... ¡estaba solo!

—¡Es extraño!

—¡Es sorprendente!

—¡Es maravilloso!

Decían los concurrentes, mirándose unos a otros.

—Aquí hay maldad—murmuró un hombre que tenía aspecto de jefe de policía. —¡quién registre ese piano!

Resolviendo, a los ojos de la razón, un piano que toca solo no podía verificarlo sino por medio de un resorte.

Todas las familias de los escolares se alborotaban creyendo, como cosa indudable, que aquel piano tenía dentro un cilindro convenientemente dispuesto para dar forma a todos los puros. Bien pronto, ya no hubo persona que no tuviese aquel piano por un piano de manubrio.

Los jueces, sin embargo, mandaron abrir y descomponer el instrumento a vista del público. Pieza por pieza, fué extendiéndose todo el que se veía, el cual tocado de tantos trozos informes de marfil, de hierro y de madera, parecía un campo de batalla cubierto de restos.

Pero entonces tuvo lugar otro fenómeno aún más maravilloso. De cada trozo salió sonando la partitura de Chopin: mas con tal precisión se ajustaba cada cual de las partes componentes a la armonía común que el todo resultaba una obra agredada, agigantada, avasalladora de ejecución y de melodía.

Ya no había duda de que allí había algo superior al arte humano. Todos los espectadores sabían a la perfección, convencidos plenamente de que habían asistido a un espectáculo de magia. El Director del Conservatorio remitió el piano a su dueño, diciéndole lo ocurrido.

El piano pertenecía a un fabricante, el cual había remitido a la escuela de música para que con las ejercitaciones de los examinados perchesen su dirección original las teclas del instrumento.

Era por lo demás, un magnífico piano suabio, un soberbio y lejano Erard. Pelo blanco, nácar, oro, marfil, concha, cristal, hasta las materias de que estaba formado. Podía decirse de él, que era una obra de arte encarnando un sueño.

Harto satisfecho el fabricante de puros la desventura de su piano. Primeramente alzó la idea de que cada una de las teclas era una clave. Pero después, comprendiendo su impotencia, y que el piano, no día y de noche, seguía tocando la pieza de Chopin, se puso furioso.

Una vez por día desesperado, tomó una lacha, y empezó a golpear con su pesado instrumento.

Los golpes volaban por el aire, caían

el patio, se desmenuaban en los rincones, planaban sobre las cornisas, pero la cadencia cesaba. Oíase dos acordes de cada forma un día de notas desoladoras; varias espigas de hueso vibrar en fin componiendo un coro ensañador.

Era aquello una serie de fonógrafos multiplicados hasta la infinito y hasta la eternidad.

El fabricante, por último, arbitó un extremo recurso. ¡Al fuego!—dijo, y no quedó partícula del piano que no fuese reducida a cenizas.

Sin embargo, en las noches de viento, oíase como en las extrañas en lo alto de la chimenea.

Y es que toda costumbre, fuertemente impresa en nuestro ser, aún convertida en humo, guarda siempre ecos de lo que fué, reproducible, amó o contrabizo en su origen.

José de Siles.

Inglaterra - Transvaal

PEDIDO DE KITCHENER

De 10.000 hombres mas

Aparición de otro comando

EN LA COLONIA DEL CABO

Londres, 26.—Los diarios de esta tarde comentan con gran interés la noticia publicada esta mañana por «The Standard» que Kitchener ha manifestado que necesitaba 10.000 hombres más para dar término a la guerra.

La noticia tiene gran importancia y así lo declaran todos los diarios por la circunstancia de ser «The Standard» el órgano oficial de M. Salisbury. «The Pall Mall Gazette» dice que por más exageraciones que haya en la información del correspondiente de «The Standard» algún fundamento serio debe tener y de ella se desprende una deducción en extremo grave: que el ejército de Kitchener es impotente para dominar a los boers.

Agrega dicho diario que sean cuales sean las causas de esa impotencia, la nación tiene que hacer cualquier sacrificio para concluir lo más pronto posible una guerra ya por demás ruinosa para el país.

Londres, 26.—Un telegrama de lord Kitchener anuncia que las fuerzas del comandante boer Conroy, han sido derrotadas en las cercanías de Kenhardt.

Los boers en dispersión penetraron en el Damaraland (Africa Occidental Alemana), pero las autoridades rehusaron recibirlos armados.

El telegrama agrega que 38 familias boers han sido concentradas en el campamento británico de Schmidtsdorp.

Londres, 27.—El «Daily Mail» publica en su número de hoy jueves, un telegrama de Capetown que dice que los boers amenazan a Richmond, población importante del centro de la Colonia del Cabo.

Banquete a Ives Guyot

Notable discurso

Londres, 24.—Telegrafian de Glasgow que esta noche se efectuó en aquel ciudad el banquete que el comercio ofreció al distinguido publicista francés M. Ives Guyot director de el diario «Le Siècle» y que actualmente vive en Inglaterra.

Al contestar al brindis ofrecido por aquella institución de la prensa M. Ives Guyot pronunció un elocuente discurso que mereció la aprobación y ardientes aplausos por las ideas que contenía.

Expresó el orador que los gremios o gremios humanitarios que más habían beneficiado a la humanidad, no eran los grandes capitales ni los guerreros ilustres sino los hombres de ciencia, los estadistas.

Los inventores, los filósofos, y que el mundo entero debía prosternarse ante Watt, el inventor de las mil aplicaciones del vapor.

Manifestó luego que Inglaterra y Francia se estimaban mas y todas las naciones también si adaptaran de común acuerdo leyes idénticas.

Comerciarían entre si libremente y se aplicarían a la difusión de los idiomas extranjeros sin los cuales no es posible competir en las ideas de un pueblo ni simpatizar con habitantes. M. Ives Guyot fué objeto de nuevas manifestaciones de aprobación y felicitaciones calorosas al terminar su discurso.

La Semana

Festivas

Los festejos del ilustre y popular San Juan no han correspondido este año con la dignidad y el prestigio de ese patriarca de la cristiandad.

Pocas y pobres serenatas. Muy escasas hogueras. Novios inverosímiles.—Tal es la triste aureola con que los fieles han rodeado esta vez al bautista,—al Santo ante quien inclinara humildemente su cabeza Jesús Nazareno sobre las aguas del Jordán para recibir de él su bautismo.

No parece sino que los acontecimientos políticos que en esta semana se han desarrollado con relación al famoso acuerdo electoral de los Partidos, afectando todos los espíritus, hubiesen venido a producir junto con el estupor del marismo y la incertidumbre absoluta,—asi como una parálisis precursora de la muerte por el corazón.

San Pedro; nada menos que San Pedro; el fundador de la Iglesia; el que tiene las llaves del Cielo; apenas si ha merecido de los fieles, este año, pátidos agasajos en el templo; y fuera del templo nada... nada;—uno que otro fogon por los suburbios del pueblo cuyas llamas fugaces mas que hogueras parecían exaltaciones metedricas-brevísimas como un suspiro.

Hasta el ruido de las campanas tenía algo de triste. Los repiques nos han parecido mas un fúgubre clamor que un toque de alegría.

Y eso que, con perdón de Viles, no tenemos ni un ápice de acuerdos a Dios gracias.

Política

Indudablemente la disolución del Directorio Nacionalista ha sido un acontecimiento de gran resonancia en toda la República. La noticia circuló por todas partes con la rapidez del relámpago. Aquí llegó de noche, y se difundió para nuestra alta sociedad en el teatro. Es indescribible el efecto que causó. En todos los semblantes se dibujaba el asombro. Entre las personas de mas alta figuración en treceña política dominaba el estupor.

La mayor parte patidos—trémulos estaban a punto de caer en síncope. Apenas repuestos del primer golpe, empezaron a pronunciar palabras entusiasmadas.

El General... La Convención... El Directorio... La velada... ¡Oh!... ¡Imposible!... Esto parece un sueño... ¡Un sueño!

Un hombre del pueblo, italiano, que no participaba de esas emociones, cuando se dio cuenta del motivo que causara tan grande efecto, empezó a decir por lo bajo y siguió repitiendo:

«E par si muove! E par si muove!»

